

LXVII.

El hermano terrible.

En la época en que volvemos á encontrar á Ludovico en el curso de nuestra historia, no hay en él resquicios del hombre de Pésaro, y el ex-carcelado de Sevilla tiene apénas uno que otro punto de contacto con el hermano terrible de la logia á que Mauricio fué llevado por su mala estrella.

Las pesquisas de Ludovico para encontrar á Mario fueron completamente vanas; el ex-sacristan de la Misericordia ignoraba el cambio de nombre de su protegido; las desgracias habian debilitado su cerebro y habia olvidado por completo el apellido del Sr. Gonzaga y la profesion de Mauricio. Su carácter tan dulce y bondadoso en otra época, se convirtió en brusco y feroz, y seducido por un compañero de navegacion con quien hizo amistad, que era un mason propagandista y que le patentizó las ventajas de encontrarse entre hermanos en plena tierra extraña, se afilió en la masonería.

Pronto llamó la atencion de los directores de esa sociedad

por taciturno y resuelto, y fué elevado al cargo nada honorífico de hermano terrible, recibiendo tambien órdenes secretas y á veces sangrientas de la Gran Logia, que él se apresuraba á cumplir á la letra con gran aplauso de sus gefes.

Ya le hemos visto tratando de sorprender la conversacion de Manuel y de Mauricio, y siguiendo luego á este, en quien algo le decia que encontraria al que buscaba.

Desde que nuestro héroe principal se presentó en la logia, á sufrir las pruebas de aprendiz inspiró á Ludovico un sentimiento extraño, mezcla de cariño y de odio que el nuevo hermano terrible no podia explicarse y que era muy natural sin embargo; aquel jóven era hijo de la única mujer á quien habia amado y del primer hombre á quien habia aborrecido; la sangre de esos dos seres que habian influido de una manera tan directa y tan tremenda en su existencia estaba confundida en el sér que tenia delante, y uno de esos misterios de simpatía que no comprendemos pero cuyos efectos hemos sentido todos, obraba de una manera eficaz en su alma.

Instintivamente pensó que aquel mason nuevo no podia ser otro que Mario, ese Mario á quien habia jurado encontrar, proteger y servir de padre en el mundo; pero su nombre era diferente; buscaba á un tendero, y el que tenia delante era un artista; en aquel semblante que con ávidos ojos contemplaba no habia un solo rasgo que recordara la dulce fisonomía de Marietta á la que en sentir de Ludovico se asemejaba tanto el niño Mario ántes de ser arrebatado á su cariño en la iglesia de la Misericordia; forzoso le fué, pues, á nuestro pobre amigo renunciar á la dulce esperanza que por un momento le habia halagado.

Pero como sucede en todas esas circunstancias de la vida en que los instintos del corazon luchan con las reflexiones del cerebro, Ludovico vacilaba algunas veces, y en sus momentos

de cariño por Mauricio habria jurado que no era otro que el tan suspirado nieto de Juan el largo; llegaba, empero, la hora del odio y entónces el hermano terrible no podia creer que el hombre por quien tanto aborrecimiento experimentaba su alma fuese el mismo Mario en quien creia capaz de adorar de rodillas el recuerdo de Marietta si llegaba á encontrarle.

En uno de esos momentos de vacilacion terrible fué cuando la noche que espiaba á los dos amigos que salian de la logia se acercó á Mauricio y trató de reconocerle; las respuestas del jóven, que ignoraba su propia historia, no dejaron lugar á duda en el ánimo de Ludovico, y desde entónces no vió en su nuevo hermano por gracia y obra de la afiliacion masónica mas que otro de esos hombres que tanto le habian hecho sufrir en el mundo y á los que sin distincion alguna habia jurado un odio implacable.

Aquella alma italiana no exceptuaba de su odio mas que á Mario y acaso el encontrarle y el reconocerle habria calmado el odio que en lo general profesaba á la raza humana; pero no habia medio de lograrlo puesto que ambos se habian encontrado frente á frente, y los efectos del tiempo, ese caprichoso trasformador de las fisonomías y de los caracteres, como lo es de todo lo del mundo, habian impedido que aquellos dos séres, que por tantas vicisitudes habian pasado en la vida y que habian dejado de verse tantos años, se reconocieran.

Quedaba un solo medio que los dos ignoraban por desgracia de ambos. Cuando Fernando de Gonzaga proseguia su obra de seduccion con la pobre Marietta le habia dado á la inocente niña un medallon con su retrato; uno de esos retratos en miniatura que se hacian en aquella época y que podrian rivalizar con las mejores fotografías de nuestros tiempos; el medallon era de oro y atras del retrato tenia grabados dos corazones que ardian en la misma llama y una inscripcion en español

que decia «Recuerdo de Fernando á Marietta.» Esta prenda, único recuerdo que quedaba á Marietta despues que fué abandonada por su seductor, recibió los suspiros y las lágrimas de la pobre mujer en esas largas noches de insomnio en que pensaba en su deshonra y queriendo penetrar en el porvenir de su hijo no veia á lo léjos mas que vacío y tinieblas. Fanática como mujer y supersticiosa como italiana, encomendaba su pobre niño á la Santa Madonna y le colgaba al cuello un talisman que en su concepto debia salvarle de todos los peligros del mundo: el retrato de Fernando.

—Ya que olvida á su hijo—decia—que su imájen siquiera le sirva de salvaguardia.

Y el niño llevó desde entónces el medallon colgado al cuello.

Cuando Paco el zurdo le arrebató en la iglesia de la Misericordia al cariño de los únicos séres que le amaban en el mundo, Mario llevaba el talisman que la ternura de su madre juzgaba milagroso y á cuyas virtudes no hizo honor el acontecimiento.

Ni el Sr. Gonzaga ni el tio Antonio quisieron tocar nunca esa prenda, y Mario, convertido en Mauricio y hecho hombre, la llevaba siempre sobre su pecho sin saber por qué, pero como una prenda de familia que despues de su terrible enfermedad se le habia dicho que no debía abandonar. La fisonomía representada por la miniatura le repugnaba, pero no se atrevia á dejar de llevar el medallon por no cometer un sacrilegio.

Desde el momento en que Ludovico fijara la vista en aquel retrato el reconocimiento era inevitable; la fisonomía del padre de Mario estaba grabada profundamente en la imaginacion del hermano terrible, y desde aquella espantosa noche en que derramó por primera vez la sangre humana, el

fantasma de Fernando le acompañaba por donde quiera, como el retrato del seductor de Marietta no se apartaba un momento del cuello de su infortunado hijo. Ver Ludovico la miniatura y recordar á su primera víctima y al verdugo de la mujer que amó habria sido todo uno, y de ahí á abrazar á Mario como á su antiguo amiguito de la Misericordia, á quien en tiempos mas felices regalaba con bollos, aleluyas y ranjas, todo bendito, no habian de pasar muchos instantes.

Pero el destino lo tenia dispuesto de otro modo, y mas adelante veremos en qué tristes circunstancias apareció á la espantada vista de Ludovico la imájen de Fernando de Gonzaga.

LXVIII.

La Cámara de enmedto

El templo que ya conocemos y donde hemos visto á Mauricio recibido sucesivamente de aprendiz y de compañero, tenia una noche, en la época á que se refiere nuestra historia, un aspecto fúnebre. *

* Como nuestros lectores lo habrán comprendido ya, nosotros no somos masones ni conocemos, por lo mismo, los usos y costumbres de las sociedades masónicas mas que por lo que de ellos hemos leído en los libros publicados sobre la materia. La descripción de la ceremonia de que vamos á dar cuenta á los que leen nuestra novela, así como las que hemos hecho anteriormente y las que hagamos despues, está tomada de una obra escrita por Clavel y que lleva el título de Historia pintoresca de la Fracononería. En cuanto á las palabras sagradas y de pase, la indiscrecion de un mason presuntuoso, César Moreau (de Marsella), nos ha puesto en aptitud de revelarlas á nuestros lectores; dicho autor, creyendo que solo los masones serian capaces de descifrar logografos, que por otra parte nada tienen de difíciles ni ingeniosos, publica en su obra intitulada: "Compendio de la fracononería, su origen, su historia, sus doctrinas, etc, y opiniones diversas sobre esta antigua y célebre institucion," un triángulo en el que se hallan letra por letra dichas palabras, haciéndole preceder de las líneas siguientes que indican mucho candor ó mucha presuncion:

"Creo que el lector no verá sin un vivo interes de curiosidad y